

## OBSOLESCENCIA PLANIFICADA

Miquel Barceló

Es fácil coincidir en la idea de que la innovación es beneficiosa. En cualquier tecnología, innovar significa introducir aspectos distintos en el proceso productivo o en el producto a obtener. La informática no es distinta, pero algunos empiezan a pensar que tal vez convendría frenar su excepcionalmente potente capacidad innovadora. Demasiadas veces hay que cambiar a un nuevo hardware o un nuevo software cuyas funcionalidades no nos hacen falta, pero que por extrañas razones resultan del todo imprescindibles.

Un ejemplo personal: por mi propio vicio sigo escribiendo con el Word 4.0 de Microsoft, en su vieja versión para MS-DOS, un procesador de textos que tiene ya más de diez años. Pese a las mejoras de las otras versiones aparecidas después, en realidad no necesito nada más (y en el fondo necesito mucho menos...) para teclear con eficiencia y seguridad. Domino la herramienta, me siento seguro con ella y mi larga experiencia con sus teclas de función y el uso de las teclas de cursor no me hacen desear, ¡ni mucho menos!, el ratón. A mí me va bien con ese procesador de textos y, por si ello fuera poco, puedo seguir ejecutándolo en mi viejo PC con un procesador viejo, poca RAM y menos espacio en disco...

Pero, y ahí está la razón del ejemplo, si deseo imprimir lo que escribo en una impresora más reciente, me es del todo imprescindible pasar antes por otros procesadores de textos que, por ejemplo, se ejecuten bajo Windows, usen el True Type, y tengan los *drivers* adecuados para las nuevas impresoras.

Casi nadie necesita la totalidad de las funcionalidades que ofrecen los nuevos procesadores de textos que han aparecido estos últimos años, pero por razones un tanto "laterales" pueden llegar a ser del todo imprescindibles para poder escribir.

La figura se llama "*obsolescencia planificada*" y es típica del proceso de difusión de una tecnología en la sociedad. Aunque en el caso de la informática hayamos rizado el rizo y superado cualquier precedente.

Los expertos en el estudio de la relación entre tecnología y sociedad dicen que, junto con la innovación tecnológica, también es necesaria una cierta estrategia de introducción de nuevos elementos o avances tecnológicos. En la mayoría de los casos, la lógica económica del mercado, puede hacer que esa estrategia resulte extraña, incluso contradictoria. Ni que decir tiene que la informática acabará siendo el caso paradigmático de ello.

Cuando los ordenadores y sus periféricos dejaron de alquilarse para ser vendidos (al contado o en *leasing*), pronto apareció la obsolescencia planificada: al cabo de unos cinco o seis años, acostumbra a resultar más caro el contrato de mantenimiento del viejo equipo que el alquiler (o la cuota de *leasing*) de un equipo nuevo que le sustituía con ventaja. El cambio era obligado, incluso aunque no fueran necesarias algunas o todas las funcionalidades que el nuevo equipo aportaba. El propio dinamismo de la tecnología parecía dictar el cambio por el cambio.

Y así ha ido ocurriendo hasta llegar a la agobiante realidad de hoy en día: justo cuando uno empieza a conocer y dominar el software que utiliza, aparece uno nuevo, no siempre compatible con el anterior, y que por razones que escapan a sus propias virtudes acaba haciéndose incluso imprescindible.

A finales de los años cincuenta, algunas reflexiones sobre la tecnología no olvidaban el entorno socio-económico en el cual la tecnología misma se desarrolla y utiliza. Vance Packard en su libro "*The waste makers*" (traducido en Buenos Aires con el acertado título de "Los

artífices del derroche"), se hacía eco de una idea básica y fundamental para comprender el cambio tecnológico.

Se trataba ya de eso que hoy conocemos como "*obsolescencia planificada*": el diseño y la introducción del cambio, obligado, no siempre necesario y, casi siempre, por motivaciones eminentemente económicas.

Hay pocas formas de expresar esa idea que resulten tan atractivas y sintéticas como la formulación que hiciera Brooks Stevens, diseñador industrial, y que el mismo Packard recoge en el libro antes citado: "*Toda nuestra economía se basa en la obsolescencia planificada, y todos los que puedan leer sin mover los labios deberían saberlo para estas fechas. Fabricamos buenos productos, inducimos a la gente a comprarlos y, al año siguiente, introducimos deliberadamente algo que hará que los primeros resulten anticuados, fuera de moda, obsoletos... No es un derroche organizado. Es una sólida contribución a la economía.*"

Aunque pueda parecer el colmo del cinismo, no lo es. Es pragmatismo económico-comercial. Y del mejor. Pero puede cansar...

-----